

COMUNICACIONES

Apuntes para una fenomenología epistolar

González Casares, Santiago (UNSAM), Eljatib, Axel Omar (UBA)

I. Introducción.

Epístola. Acto íntimo de darme a mí mismo en una confesión comprometida. Testimonio de saberme otro y reivindicarme nuestro. Comunidad amorosa y reconocimiento de que lo propio me es ajeno. Escribiéndola asumo sinceramente la responsabilidad que inspira mi pluma, frente al llamado desmesurado y anárquico de tu huella que alienta la plegaria que me re-inventa.

¿Qué es lo que estamos haciendo cuando escribimos una carta? ¿Qué dice dicho fenómeno de nuestra existencia en cuanto tal?

El fenómeno epistolar es una manifestación vital (Dilthey) del diálogo originario que la hermenéutica presupone y fenómeno privilegiado para pensar su mostración desde una clave fenomenológica. Es posible hacerlo variar, en sentido fenomenológico, a fin de indagar en la índole de su aparecer dispar y discernir sus diferentes configuraciones. Entre ellas, pueden distinguirse modalidades “propias” (de *eigen*) o auténticas (en el sentido de Heidegger 2006) y modalidades mediocres y neutras (*uneigen*), como asimismo registros intermedios como por ejemplo la “carta-post-mortem” (como *El porvenir es largo* de Louis Althusser según una posible lectura de la lectura de Roudinesco 2009), la “carta-suicida” (Kurt Cobain), la “carta-abierta” (Rodolfo Walsh), la “carta-testimonio-poético” (Mme de Sévigné), “carta testimonio-histórico” (Victoria Ocampo desde Nuremberg¹), la “carta-mensaje-ético-político” (correspondencia Cooke-Perón), la “carta-llamado-religioso” (San Pablo), entre otros.

Para realizar estas distinciones utilizamos algunas herramientas conceptuales y metodológicas de la fenomenología de la donación de J. L. Marion, quien arguye que para toda donación plena se debe en principio identificar un don (en nuestro caso, la carta), un donatario (el destinatario) y un adonado (*adonné*) (el remitente), de manera que, tal como argumentaremos, el fenómeno epistolar, dado que estos requisitos se encuentran cumplidos, se presta especialmente a esta clase de análisis. La carta, en su esencia, es don amoroso que se muestra como respuesta veraz (responsable) al llamado que me dijo primero y me mantiene atento e inquieto y al que respondo sin sentido, sin razón; llamado que rebalsa mi capacidad conceptual y me convoca a mi destino fatal, a mi aventura finita. Asimismo, el fenómeno epistolar en cuanto tal se muestra según el régimen del fenómeno saturado² (dado que la carta no es objeto), y subvierte por

¹ “Comí a las 8 con Rory Cameron y su madre, y un pintor (en casa de Rory). [...] Dice que Hitler decidió matarse 3 días antes de hacerlo y que durante ese tiempo, Eva siguió haciéndose peinar y manicurar, y cambiando de trajes 5 veces al día. Parece que hacía 2 años que manejaba la vida de Hitler, es decir, ella daba o no audiencias, lo hacía descansar o comer cuando era necesario, etc.” (Carta de Victoria Ocampo a su hermana Angélica del 28/06/1946; Ocampo, 2009, p. 251).

² El fenómeno saturado, al contrario del fenómeno común, pobre en intuición, es el colmo del fenómeno kantiano. Es decir, es el exceso de intuición por sobre toda posibilidad de concepto. Sobre-carga las categorías del entendimiento (cantidad, calidad, modalidad y relación) en la conformación del fenómeno, y dificulta sobremedida la hermenéutica hasta llegar a denunciar la imposibilidad de la misma, o en todo caso, la infinidad de las posibles interpretaciones. Como por ejemplo, un acontecimiento histórico como el 17 de octubre de 1945 en la Argentina, donde es imposible unificar la experiencia del fenómeno a partir

definición, al menos, la categoría de la cualidad (al igual que “el ídolo” en Marion). La carta me de-vuelve (*re-donne*) la intencionalidad del deseo que me incita a sentarme a escribirla. Dice de mí mucho más de lo que puedo ver (como en Marion, donde el ídolo es *irregardable*, la carta es *ilegible*), a cada gota de tinta aumenta el grado de donación. Excede sobre-manera (de *surcroît*) mi intención original al verterla. La carta me escribe, me precede. Yo no la leo, me lee. Incluso jurídicamente no me pertenece, el destinatario podría destruirla si quisiese (*ius abutendi* del derecho romano). A continuación realizamos algunas consideraciones preliminares o “apuntes”, a modo de marco conceptual para un futuro trabajo de investigación detallado de las distintas modalidades fenoménicas de la epístola.

II. La epístola burocrática.

Tanto remitente como destinatario quedan dichos previamente por su contraparte: Para escribirte debo antes saberte, igual que para recibir tu carta debes haberla escrito previamente. Al dirigirme una carta, el otro debe haber escrito mi nombre, mi estado civil, remitirlo al umbral de mi hogar. Sin ir más lejos, el cartero al pronunciar mi nombre en forma de interrogante (¿Sr. Eljatib?), me informa que ya es demasiado tarde, que soy el destinatario, que ya me has escrito.

Seguramente nos observarán con razón que no todas la veces que el cartero pronuncia mi nombre me trae buenas noticias, quizás sean las menos. Aún más, seguramente ese nombre no sea yo. He aquí la primera acepción: la epístola-burocrática que poco o nada dice sobre mí. Con sustento en la conceptualización heideggeriana del modo cotidiano del ser sí mismo, del Uno (*das Man*) (Heidegger, 2006, pp. 126-130), podemos afirmar que se trata de una posibilidad que subyace a todas y cada una de las manifestaciones de la epístola.

En el mundo del Uno el *Dasein* tiene la impresión de comprenderlo todo sin ninguna apropiación preliminar de la cosa, las opiniones comunes se comparten, no porque las hayamos verificado sino solamente porque son comunes, se verifica la pura ampliación y la pura repetición de lo que ya se ha dicho (Vattimo 2006, p. 42). Las dimensiones de la pre-ocupación cotidiana del *Dasein* con su co-estar (*mit-sein*) y su estar-con otros (*mit-dasein*), ocurre dentro del espacio o esfera pública. Es la esfera donde la comunicación debe mantener en todos sus aspectos la transparencia de manera que todo pueda saberse por todos de la misma manera, que nada quede oculto. En esta modalidad en la cual epístola puede ser *publicidad* (*Öffentlichkeit*), el Uno sustituye al *Dasein*, lo suspende, asume sus responsabilidades, se ocupa de todo y no es nunca nadie (el estado, la sociedad, la empresa, etc.). Al desaparecer el destinatario también desaparece el remitente.

El Uno precede al *Dasein*, es su figura originaria, ya que el *Dasein* "pasó primero por el Uno y se encuentra determinado por él". El Uno para Heidegger es el ente por excelencia (*ens realissimum*), es el *cumulum ominum perfectionum*, aquel que acumula todas las representaciones. Se acerca lo suficiente al "Leviathan" de Hobbes, como al "Big Brother" de Orwell. "Alguien" nos observa a "Todos", nadie ve nada. Modalidad burocrática que implica la neutralidad del remitente y por ende la mía propia, la desaparición de ambos. Por ejemplo cuando recibimos una epístola publicitaria que se dirige a la neutralidad del “querido vecino” para ofrecernos algún

de la recolección de los testimonios de las conciencias intencionadas de cada uno sus protagonistas. El fenómeno saturado en cantidad de *data* (datos materiales) aturde la intencionalidad del sujeto kantiano y lo condena al deslumbramiento (*éblouissement*), donde la posibilidad misma del entendimiento es puesta en jaque por la subversión de sus determinaciones categoriales. (Véase Marion 2001)

servicio. No hay destinatario y por ende el fenómeno epistolar no cumple los requisitos para aparecer plenamente.

En esta modernidad tardía que Mario Casalla califica de “consumada” (Casalla 1977), no sólo son más imperceptibles que nunca remitente y destinatario sino que predomina un irritante recurso discursivo en las comunicaciones de las grandes compañías —y del “marketing político”— que pretende justamente encubrir la anonimidad, la mediocridad, la neutralidad de remitente y destinatario a través de la ficción de familiaridad que surge del uso de la segunda persona del singular informal: el tuteo. En su pretensión de encubrir la inautenticidad de la epístola, “personalizando” la comunicación, la lleva a su colmo: “*Personal, cada persona es un mundo*”. “*Estimado cliente, te informamos que por razones de fuerza mayor vamos a modificar la cuota a partir del mes entrante. Por favor en caso de duda no dejes de comunicarte con nosotros...*”

III. El estilo.

¿Cuál es la condición de posibilidad para la plena manifestación del fenómeno epistolar? ¿Cuál la diferencia entre una epístola burocrática, y la carta de un hijo a su madre, de dos buenos amigos?: “Desde que comencé a escribirte me he calentado y no tengo nada de asma. Como en una opera, te inclinaste sobre mí mientras escribía y la dulzura de nuestra conversación borró los últimos vestigios de opresión.” (Proust a su madre) (Proust 1998, p. 92). “Para qué decirle cuánto lo he recordado y extrañado imaginándole a veces con Quiroga y dándome un poco vanidosamente por tema de conversación.” (Lugones a Glusberg, 23/8/1924) (Tarcus, 2009, p. 93).

En toda relación dual, familiar, de naturaleza erótica; siempre habrá un remitente, un destinatario y un don inter-cambiado. En la epístola publicitaria, mencionada ya, también aparentemente hay un remitente, un destinatario y un objeto dado. ¿Cuál es la diferencia? La palabra del hijo está dirigida sólo a su madre, la de la abuela sólo a su nieta; el amigo fiel es irremplazable. Hacen falta un padre y un hijo, una nieta y una abuela que digan yo, tú, nosotros; para que una donación apropiada (auténtico *inter-cambio*) tenga lugar. Como dijera Montaigne de su amigo La Boétie: “Si on me presse de dire pourquoi je l'aimais, je sens que cela ne se peut exprimer qu'en répondant: Parce que c'était lui ; parce que c'était moi”.

Esto es lo que denominamos “estilo”. Es lo que hace pesar en cada palabra vertida la *ipseidad* de los integrantes de este diálogo suspendido, destinatario y remitente. Sangrar sobre el papel. “Estilo” deriva de la palabra latina que denota el punzón que se usaba para escribir sobre tablas enceradas, *stilus*. Escribir cartas manu-escritas, “de puño y letra”. Sólo los hombres tenemos manos, las que nos hacen irremplazables (huellas dactilares), cada vez que damos la mano estamos dando aquello que nos es más propio (*eigen*) (Derrida 1987). La epístola manu-escrita, su modalidad más propia. El estilo, su definición precisa.

Los caprichos de la nieta son sólo de ella y nadie más. Sin embargo, los del “vecino” que padece de inseguridad es de todos, del Uno, de nadie. No hay allí hermenéutica interesante que realizar, no hay nada que interpretar. Es un discurso “objetificante” u “objetal”, puesto que allí el sujeto, al convertirse en “vecino”, se vuelve objeto. Y depone su subjetividad (*ipseidad*) y así toda posibilidad de autenticidad.

IV. La epístola y el tiempo, temporalidad *acontemporal* (*évènemential*).

Nunca nada es lo mismo.

La epístola conlleva una temporalidad dia-crónica, el dia-logo que allí se implica lo confirma. La epístola tiene la particularidad de que cada palabra anuncie a su paso el poder-ser de ambos testigos epistolares, su posibilidad misma. Por un lado, se inscribe en el futuro del remitente, al tiempo que describe el pasado del destinatario, y se escribe en el presente (estar-siendo). La carta queda suspendida en una especie de puente-colgante (*suspendu*), que en cuanto manifestación inter-subjetiva de ambos interpretes, no le pertenece a ninguno de ellos. Sin embargo no hay nada que le sea más propio a cada uno. Ese puente temporalmente suspendido es el principio mismo del derecho, la inviolabilidad de su secreto, pues cada palabra encierra la esencia originaria de la aventura humana. Aquello que nos hace irremplazables, únicos, aunque podamos compartirnos. La epístola lo atestigua, esta ahí, está escrita.

El tiempo de una carta no es tiempo, no es el tiempo de los objetos, no se mide, no pasa como pasan las horas bajo el sol, transcurre en tiempo detenido, indefinido. El tiempo de la carta impone una hermenéutica infinita, dada la explosión temporal que su acontecimiento (Ereignis) incita. Abre el espacio mismo de la interpretación, aunque no será capaz de cerrarlo. Acontecimiento literario, obra de arte en su estado más puro, aquella que resiste a la exposición (muestra) pues es inmostrable, ilegible. “Was aber schön ist, selig scheint es in ihm selbst” (*Auf eine Lampe*, E. Mörike)³ (véase Gadamer, 1992, pp. 345 y ss). Ambos fenómenos conllevan un grado de saturación distinto, así como la obra de arte es invisible pues satura de intuición la categoría de la cualidad, demasiado luz para el concepto. La carta me lee y no a la inversa. La carta me escribe y no a la inversa. La carta me dice, me significa.

V. Apuntes.

Deberíamos brindar una conclusión, sin embargo culminamos con unos apuntes pues ésta, nuestra misiva, fue, en definitiva, simplemente la osadía de detonar una alerta y desplegar algunas preguntas. Como asimismo un suelo para futuras investigaciones. Cuando nuestros amigos, ajenos a la profesión del pensar, nos preguntaban sobre esto que aquí estamos escribiendo, la respuesta fue siempre fácil, natural. Os exhortamos a escribir cartas, os recordamos que hacerlo devela ciertas verdades ocultas dignas de ser invocadas, aquellas que sólo se muestran cuando salimos de nuestro ego, que aparecen únicamente cuando desafiamos la certeza autista que incita nuestro intento. Escribir hoy una carta es ridículo, atenta contra todo lo que “se” hace en el mundo actual, lo que en él, en su consumación ineluctable, nos ha dictado. De nada sirve hoy escribir una carta, es una pérdida de tiempo, un “e-mail” resuelve lo inmediato y pacta el quehacer, me indica lo que debo hacer para seguir participando del mundo, me garantiza un lugar. La carta, el fenómeno epistolar tal y como nosotros hemos intentado argumentar, nada tiene que ver con la cita a la cual debemos imperativamente llegar. La epístola nada sabe del quehacer cotidiano, lo detiene, hasta se burla de él. Lo que queremos señalar en esta página postrera es solamente que lo único que nos queda por hacer, frente a la preponderancia de lo objetal, es escribir con las manos, con estilo, involucrarnos de lleno en lo que dicte nuestro azar. Escribir, porque es lo único que tenemos, escribirle al otro para denunciarlo fundamental, para entender que el otro nos condiciona. Comprender que solamente a partir del silencio se puede imaginar el hablar. Escribir para dar cuenta de que la certeza no me pertenece, escribir sabiendo que al fluir de estas palabras que escribo me rindo a lo incierto, me someto a que me comprendas o no, me

³ “Pues lo que es bello, feliz, tiene luz propia.” (Trad. Eljatib.)

doblego ante tu anhelo. Cuando escribo una carta me entrego al juicio incierto del “qué dirán”, a las falencias estilísticas, los solecismos. Escribir una carta es tomarse el tiempo, la pausa, para descubrir que lo que me define sobre todo es la deuda con el otro.

Referencias Bibliográficas

- Casalla, M. (1977). *Crisis de Europa y Reconstrucción del hombre*. Un ensayo sobre Martín Heidegger. Buenos Aires: Castañeda.
- Derrida, J. (1987). “La main de Heidegger (Geschlechte II)”, en *Psyché. Invention de l'autre*. París: Galilée.
- Gadamer, H.-G. (1992). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.
- Heidegger, M. (2006). *Sein und Zeit*. Tübinga: Max Niemeyer.
- Marion, J.-L. (2001). *De surcroît*. París: PUF
- Ocampo, V. (2009). *Cartas de posguerra*. Buenos Aires: Sur.
- Proust, M. (1998). *Correspondencia con su madre (1887-1905)*. Buenos Aires: Perfil.
- Roudinesco, E. (2009). *Filósofos en la tormenta*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tarcus, H. (2009). *Cartas de una hermandad*, Buenos Aires: Emecé.
- Vattimo, G. (2006). *Introducción a Heidegger*. Barcelona: Gedisa.